

Los estudios clásicos

La expresión “estudios clásicos” designa un campo de estudios notablemente variado y vasto, en el que colaboran disciplinas tan diferentes entre sí por sus métodos y por sus objetos específicos como lo son la filología clásica, la lingüística, la historia general de la Antigüedad, distintas historias especiales dentro de ésta (la historia de la filosofía, la historia de la literatura, la historia del arte), y aun la arqueología clásica. En el campo de los estudios clásicos esas disciplinas se reúnen, de hecho, aunque no sistemáticamente, en torno de un punto de referencia último común, a saber, la cultura antigua. En el orden académico (tanto entre nosotros como en las universidades europeas) el estudio de los textos literarios antiguos, que constituye uno de los sectores fundamentales de los estudios clásicos, se inscribe comúnmente en las carreras de Letras, bajo la forma de asignaturas, seminarios o cursos de especialización referentes a la literatura griega, la literatura latina, la lengua latina y la lengua griega, y ello en razón de que el conocimiento de esos contenidos forma parte de la educación universitaria básica en los estudios literarios en general.

Una de las formas principales y características de acercamiento a los textos literarios antiguos en el campo de los estudios clásicos es la fundada en la *lectura filológica*. La lectura filológica es una lectura eminentemente restitutiva del sentido originario de los documentos literarios, y procede sobre la base del establecimiento riguroso de la versión originaria de los textos y el conocimiento preciso de los instrumentos expresivos (lingüísticos y estilísticos) y del contexto histórico y cultural de su producción. Estos criterios de legibilidad estaban insinuados ya en los lejanos inicios de los estudios filológicos en la Alejandría del siglo III a.C., pero la filiación filosófica de su práctica moderna es mucho más reciente, a saber, el historicismo y el positivismo del siglo XIX. Los estudios clásicos le deben mucho a este enfoque y a su espíritu, y ello tanto en materia de resultados y metodologías cuanto en la consagración de los valores de la objetividad y el rigor.

Otra de las formas fundamentales de acercamiento a los textos literarios antiguos es la que se refleja en lo que se puede caracterizar como la *lectura humanística*. Su punto de partida está en la idea de humanismo forjada y sustentada en la propia Antigüedad por autores como Isócrates, Cicerón y Quintiliano, y legada a la tradición posterior a través de los Padres de la Iglesia. Esa idea ve el valor fundamental del trato con la cultura literaria en su valor educativo: la cultura literaria colabora de manera decisiva en el desarrollo pleno de la humanidad, esto es, colabora en la formación del hombre bueno y civilizado.

Aunque de raíces en cierto modo diversas, esas dos maneras de acercarse a los textos clásicos no representan en modo alguno una disyuntiva. Ambas tienen mucho para ofrecernos, y sus resultados, y los valores que tácitamente expresan, son complementarios, puesto que satisfacen requisitos igualmente centrales en la formación universitaria. La lectura filológica suministra una plataforma firme para el trato con los textos, y ese solo hecho señala su importancia. Por una parte, promueve los valores del rigor, la metodicidad, la humildad y la prudencia científicas. Es verdad que su sesgo positivista



y objetivista puede llevar a que se ponga el centro de gravedad en la reconstrucción del pasado y puede favorecer con ello una visión de los textos clásicos que los convierte en inertes piezas de anticuario, bellas y admirables pero silenciosas. El beneficio complementario de la lectura humanista estriba en que procura eludir la cosificación del texto reactivándolo como canal que nos liga a un interlocutor, puesto que su propósito fundamental es instaurar un diálogo con los textos del pasado y colocar de ese modo el centro de gravedad de la lectura en el presente y, aun, en el futuro. La idea de *lectura como diálogo* le deja al texto clásico el espacio indispensable para que siga desarrollando su incesante iterabilidad y ofreciendo, ahora para nosotros, una manera más profunda de pensar y de ser.

La visión de los textos clásicos en su aspecto humanamente más interesante, esto es, en su carácter de bienes investidos de una eficacia formativa que es recuperable en el presente, nos da la certidumbre de que al incorporarnos en la tradición clásica y continuarla, no solamente servimos a la transmisión de una parte importante y venerable de nuestra memoria cultural, sino que, aun cuando sea en una medida modesta, servimos al otro, al semejante, de una de las maneras más profundas en que es posible hacerlo desde la literatura.